

EL ZOO TRÁGICO

I. LOS OSEZNS

MIS HERMANOS REGRESARON DE UNA PARTIDA DE CAZA. Habían matado una osa enorme. Escondidos dentro de sus abrigos, traían tres de sus crías.

Aun era invierno, así que los oseznos se criaron en nuestra cocina, cálida y amplia, situada en el sótano de nuestra casa de campo. Recuerdo la primera vez que los vi. Un hondo cesto. Algo que lo ladeaba. Me asomé a su interior. Un olor agudo y desagradable emanaba de sus profundidades. Al fondo, sobre un montoncito de paja, hormigueaban unos cuerpecillos desgarbados. Se trataba de los graciosos oseznos.

Supongo que nos marchamos a la ciudad para pasar el resto del invierno, porque lo siguiente que recuerdo son los oseznos liberados de su cautiverio en la cesta, hermosos animales adultos de piel suave y esponjosa, hocicos limpios

y dulces, y con unos ojillos vivarachos que observaban el mundo con gran interés. Solo quedaban dos de ellos; el tercero habría muerto antes de ser destetado.

Entonces dio comienzo nuestro dichoso verano, mío y de mis dos amigos, los oseznos.

Recuerdo el patio bañado de sol e inundado de arena, y el columpio, un tablero alargado y flexible con dos postes a los lados, frente al porche de la vieja casa. Me sentaba en mitad del tablero torcido, debajo del esplendoroso escaramujo silvestre, impulsándome suavemente con el pie para, al cabo, obligarme a volverme más pesada y empujar el columpio hasta el suelo.

El tablero cruje debajo de mí mientras se balancea arriba y abajo. Los oseznos, que han salido de quién sabe dónde, saltan graciosamente sobre sus pezuñas cojas, y corren en mi dirección cuando escuchan el chirrido que ya conocen.

Corren en mi dirección, enormes como perros guardianes, se sientan en la tierra, levantan sus pezuñas y las posan sobre mis rodillas. Se calman tras meterse una pezuña dentro de sus suaves mandíbulas, mascando y rugiendo, chupándolas con deleite.

Recuerdo la frase de un dictado: «Durante el invierno, el oso hambriento se lame las pezuñas». Pero ahora no es invierno, sino verano. Y nuestros Mishas no tienen hambre en absoluto, y sin embargo se lamen sus pezuñas marrones y greñudas. Y eso que nuestros Mishas comen toda la

avena que quieren. Mis oseznos son adorables porque se alimentan de avena. Y ahora uno de ellos se ha olvidado de mí, y sale corriendo detrás del pequeño Topito. Topito le ladra a Misha. Misha salta delante de Topito. Topito no tarda en encontrarse entre las fauces de Misha, pero sus dientes son más suaves que mis manitas, y mi perrito se libera de ellas con un alegre salto, y vuelve a ladrar con entusiasmo, aferrándose a la piel esponjosa y marrón de su amigo.

Siento celos. Agarro de la pezuña al segundo, a mi verdadero camarada. Salto del tablero y nos perseguimos. Al instante estamos dando volteretas sobre la hierba suave y aromática. Mi amigo desprende el olor de la tierra en primavera, y el de las suaves pieles que nos cubren en invierno, y su respiración cálida en mi cara me hace reír y sentirme muy dichosa. Sus pezuñas en miniatura me acarician. Corremos y corremos un poquito más. Misha se ha subido a un árbol, como un mono; sus pezuñas se aferran a una de las ramas, y su bondadosa cabeza, la querida cabeza de una criatura del Señor, se descuelga hacia abajo, iluminada por sus ojos afectuosos.

¡Querida, alegre y soleada primavera! ¡El regalo del Señor, mis amigos del bosque!

A las cuatro en punto, después del almuerzo, el té, el café con crema amarga, los bollos de comino, el pan suave y grisáceo de nuestro propio trigo, pasteles de miel caseros, bebidas espumosas, fresas del invernadero, y, para

ayudarnos a comer todo aquello, se disponen mermelada y conservas en el balcón semicircular con sus columnas blancas de madera. Toda la familia se reúne allí: mis dos hermanos mayores y su antiguo tutor (el hermano pequeño se queda todavía en el cuarto de los niños, con su niñera); los invitados, camaradas de mis hermanos, mi hermana y su amigo, mi madre, y mi institutriz, la misma que me ha dictado: «Durante el invierno, el oso hambriento se lame las pezuñas».

¡Qué buenos estaban los pasteles de miel! La mujer de nuestro anciano cocinero los horneaba a la perfección. Olían a miel y a harina quemada. Y los Mishas también lo creían así. Y sus naricillas eran incluso mejores delectándose con los olores que las humanas. Como es lógico, ambos vigilaban la merienda, aupándose sobre los escalones que daban acceso al balcón desde los parterres de flores, las favoritas de mamá, observándonos. Les reñimos, desaparecían, y de nuevo nos hacían reír con la aparición de sus miradas curiosas y sus hociquillos inquisitivos.

Pero los tontos jovenzuelos, tras terminar su festín, se marchaban, sin prestar atención, a hacer cualquier cosa, y los Mishas se encaramaban a la mesa sin pensarlo, un minuto después.

—¡Ah, los pasteles de miel! —recordaba mi madre. Salía al balcón a la carrera seguida por mí. Los Mishas habían aupado a la mesa con dificultad sus cuerpecillos orondos. Se están dando un atracón con los pasteles. Han tirado la mermelada. Están lamiéndose sus pezuñas endulzadas.

Chasquean los labios y resoplan. Sus ojillos se mueven con astucia de un lado a otro.

Nos han visto. Salen corriendo. La mesa familiar se tambalea; los vasos y los platos se caen por los lados.

Los Mishas saltaron al suelo, solo les temblaban sus traseros peludos con sus colitas suaves mientras bajaban los escalones. Mamá no se enfadó con ellos.

Mamá era dulce, y quería a los tontos ositos.

El verano proseguía. Los oseznos parecían crecer con cada hora en lugar de con cada día. Se hicieron más grandes que el perro guardián. Jugueteaban con mi perrito como solían hacer, jugueteaban conmigo como antes, y continuaron con su costumbre de buscar todas las cosas dulces que dejábamos a la vista, además de comerse su avena con gruñidos agradecidos.

Pero nuestros inofensivos amigos empezaron a inspirar miedo en los campesinos que se acercaban hasta la granja. Les parecía una cosa mala, unos osos criados por terratenientes, los miraban de soslayo, y el miedo les hacía mantenerse alejados de ellos. Entonces me enteré de que el anciano de la aldea había venido a quejarse a mi hermano. Le pidió que nos librásemos de los osos:

—Cualquier día atacarán a alguien, y lo destrozarán. O matarán a los animales... Son animales del bosque, aunque se les críe en cautividad.

Los osos fueron confinados a un cobertizo de piedra. Se puso un candado en la puerta. Los Mishas aullaban entristecidos, suplicando su libertad, el contacto con el

sol, con sus amigos... Yo iba de un lado para otro, como perdida, me enfadaba por nada, y era maleducada con mi institutriz. Lloraba...

Tuvimos una reunión familiar con el capataz para decidir el destino de los oseznos. El verano había traspasado su meridiano. Los oseznos estarían completamente crecidos para el otoño. No podríamos dejarlos marchar. Tampoco tenía mucho sentido mantenerlos encerrados. Y ya deberían alimentarse de carne.

—¿Dispararles? —sugirió el capataz.

Yo comencé a gemir desde el extremo de un enorme y antiguo diván en el que me había escondido cuando nadie miraba. Mi hermano mayor parecía tener dudas.

—Es razonable... Por supuesto que lo es... Y podría hacerse sin que sufrieran.

Mi hermano mayor, el Cazador Salvaje, como lo llamaba la familia debido a su amor por las aventuras solitarias en el bosque, no estaba de acuerdo...

—Ya estamos acostumbrados a ellos, los hemos criado desde pequeños. Los amamantamos con botellas. ¡No se te ocurra levantar un dedo en su contra!

Mi garganta emitió un gemido roto desde mi escondrijo. Mi hermana comenzó a llorar:

—¡Mámochka! ¡Piensa en algo!

—¡Soltadlos en el bosque! —sugirió mi madre.

Yo dejé de gemir y cerré la boca. Todo el mundo guardó silencio. Mi hermano mayor se encogió de hombros. El capataz dijo:

—Eso tampoco es tan sencillo. Son animales salvajes: destrozarán a las vacas.

Sentí un odio inmenso por el capataz. Mis Mishas no eran «animales salvajes».

—¡No es tan sencillo! —confirmó mi hermano, pero con menos certeza.

Mi hermana miró a mi madre con ojos suplicantes y húmedos. Yo me preparé para lanzar un gemido. Ya había abierto la boca. Pero el Cazador Salvaje exclamó con enfado:

—Mamá tiene razón. Eso es lo que tenemos que hacer. Llevarlos al bosque. No tenemos derecho a matar a los oseznos.

Y mi madre añadió sin perder un minuto:

—Los sacamos del bosque. Si no lo hubiéramos hecho, todavía estarían correteando por ahí.

Mi hermano mayor quería mostrarse de acuerdo, y se mostró de acuerdo. El capataz parecía convencido, y todo el mundo comenzó a hablar sobre cómo debería soltarse a los Mishas. Se decidió lo siguiente: meterlos en cajas enormes aseguradas con cerrojos, y llevarlos al bosque que quedaba más allá de la Ciénaga del Diablo. Se encuentra a mucha distancia y es bastante salvaje. Tras entrar en el bosque con las cajas, soltaríamos las puntillas para alejarnos a toda prisa. Para cuando los Mishas se hubieran encargado de los tablones, y logrado salir de las cajas, ya estaríamos muy lejos. No encontrarían el camino de vuelta ni en un

siglo entero. Y allí, libres en un bosque adormecido de coníferas, regresarían a su estado salvaje...

El Cazador Salvaje se rio.

—Entonces harían bien manteniéndose alejados de mí. No nos reconoceremos. ¡Les dispararé!

Llevaron a los oseznos hasta aquel lugar.

Tan terrible fue en el momento en el que se decidió su destino, y, después de la tristeza, tan intensa la alegría que apareció junto con mi esperanza de que tendrían una vida en libertad, que me olvidé de echarlos de menos. No había tiempo para hacerlo. Algo terrible había cruzado mi alma, que se había encogido sobre sí misma para protegerse.

No sé bien cuántos días pasaron. Tal vez solo fueran uno o dos solamente, cuando llegó hasta mí la terrible noticia. Ignoro cómo me enteré, o dónde, o qué palabras se usaron. Todas las palabras se unían en una sola, o más bien en un sentimiento; porque darle una palabra, identificarlo como tal, fue algo que solo pude hacer más tarde. Traición. Alguien había traicionado a alguien. Amor, alegría...; no, más simple si cabe: la confianza de un animal había sido traicionada, traicionada...

Más allá de la Ciénaga del Diablo, los campesinos y sus mujeres cruzaban un claro dentro del bosque. De repente los vieron: dos osos que corrían hacia ellos desde los árboles. El miedo que sintieron los hizo verlos como osos adultos. Los campesinos y sus mujeres, aterrorizados, los recibieron con sus guadañas...

Los oseznos corrieron hacia las personas con amor, no hacían otra cosa que correr hacia sus amigos los humanos, hacia sus voces queridas, con sus astutos ojillos alegres y ansiosos, sus patas poderosas y torcidas haciendo que sus traseros se bamboleasen con gracia. Así fue como los imaginé.

Los campesinos, aterrorizados, los recibieron con las guadañas. Los asaltaron. A uno lo capturaron vivo. Lo llevaron para venderlo al coto del zar, para su cacería privada. Antes de la cacería le romperían las patas para que fuera menos peligroso y fácil de disparar. El otro, herido, cortado a tajos, cubierto de sangre y sin comprender nada, asustado, logró de alguna forma perderse entre los árboles.

Llegó mi hermano, el Cazador Salvaje, montando a caballo con su rifle sobre su hombro, rumiando sus profundas ideas, como solía hacer. Entonces escuchó algo que gemía. Parecía un ser humano... Siguió los gemidos hasta una arboleda. Nuestro Misha estaba tirado sobre la hierba, muriéndose. Aún podía mirar a mi hermano a los ojos. Mi hermano se descolgó el rifle, y lo descargó en su oreja.

Así fue como acabaron las vidas de nuestros oseznos.

Recuerdo y sé lo que ocurrió con toda exactitud, pero no sé si tiene importancia, ni quién me lo contó, ni donde lo escuché. Sería el Cazador, por supuesto. Recuerdo el rostro de mi madre. El rostro de mi madre, cuando mi

hermano relató la muerte de los oseznos. Desde entonces, lo que me viene a la cabeza con mayor claridad de aquel día es el rostro de mi madre. Estaba pálido, y su labio inferior temblaba de forma extraña. Y en sus ojos, tan grandes y redondos, podía verse el terror. Se levantó tambaleándose. Yo, de un salto. Mi hermano corrió hacia ella. Entonces, con labios temblorosos, dijo disculpándose:

—No es nada, Mitia. Es solo que me siento algo triste por nuestro queridos Mishas. Regresaré enseguida al salón.

Y salió de la estancia... Todo se quedó en silencio. Es posible que todos se marcharan. Pero de repente escuché, y recuerdo a la perfección las siguientes palabras, verbatim. El antiguo tutor de mis hermanos las pronunció con su voz acusadora:

—Esto es lo que ocurre cuando el hombre se entromete con la vida natural.

Y la sentenciosa institutriz le respondió:

—Pero ¿preferiría usted que no se disparara a los animales salvajes, y se les permitiera matar el ganado de los campesinos?

Quería llorar. No comprendía nada. Quería llorar, pero no podía.

Recuerdo que estaba oscuro. Me encontraba en el cuarto de los niños, en la cama, sin poder dormir ni llorar.

La veleta chirría su gemido callado sobre el tejado. Un peso insoportable ha caído sobre mi corazón. Se ha

cometido un gran mal. Una gran injusticia. La fe y el amor han sido traicionados. Una completa traición. La traición del amor y la fe. Y, al parecer..., nadie era responsable.

Nadie era responsable. Por la noche, en la oscuridad, acompañada por el chirrido de la veleta, entendí esa verdad, y el pensamiento casi se volvió palabras por sí solo. No podía llorar. La pregunta sin pronunciar pesaba demasiado sobre mi alma. La aplastaba más allá de mis fuerzas.

Me deslicé de la cama. En la oscuridad avanzaba con mis manos delante de mí. Madre, madre... Madre debe entenderlo todo. Madre me salvaría de todo aquello.

—¡Mamá, mamá! ¿Por qué lo ha permitido el Señor?

—¡Hija mía, no hay verdad en la tierra! ¡No puede haberla! Pero tú, que amas la tierra, deseas que exista la justicia. Reza por ella, hija, que tu corazón arda con el deseo de la justicia, y es posible que ocurra un milagro. Llegará a existir, un mundo justo. ¡Todo por lo que el alma reza se hará realidad algún día!

—Mamá, has dicho que no puede ocurrir en la tierra...

—Ocurrirá un milagro, hija mía, un milagro. Un regalo de los cielos. No merece la pena vivir por nuestro paso en este mundo. Por el regalo del cielo, hija mía, merece la pena vivir, solo por ese regalo. Merece la pena sufrir y llorar. ¡Merece la pena arder y rezar!

—Pero la vida, madre, ¿cómo puede vivirse en la tristeza más profunda?

—¿Vivirse...? Escucha, hija mía, te diré cómo: debes amar. Así es como debes vivir. Es cuanto puedo decirte.

El amor te enseñará. Es un maestro estricto. Más estricto cuanto más profundo y sagrado. Un amor estricto te enseñará a no perdonar la mentira. Tus manos serán más fuertes, y tu corazón más poderoso... Crece más que tu madre, comprende más cosas... ¡Ama, y exige que las cosas cambien!

Me arrodillé en la alfombrita cerca de su cama, mi rostro hundido entre sus manos, y de pronto las lágrimas comenzaron a inundarlas.

Me sentí mejor... Entonces quise dormir.

No me dejó volver sola atravesando los largos pasillos oscuros hasta el cuarto de los niños. Me acostó a su lado en su lecho. Era cálido y dulce. Había seguridad y salvación en aquel dulce calor maternal. Y así fue como me quedé dormida...

Mi madre murió cuando yo era pequeña. No habría recordado sus palabras con tanta claridad. Pero tras su muerte se encontró un sobre azul oscuro con su letra que decía: «Para Vérochka, cuando cumpla dieciséis años». Dentro del sobre, con la misma fecha en la que mi hermano había disparado al osezno que sufría, había una carta; no, no era una carta, sino una nota. Mi madre había puesto por escrito toda nuestra conversación de aquella noche, para que yo pudiera recordarla durante toda mi vida.